

Binti: La Mascarada Nocturna

Binti: The Night Masquerade - © 2018 by Nnedi Okorafor  
Published by arrangement with Donald Maass Literary Agency and  
International Editors' Co.

Primera edición, octubre 2019

© Traducción de Carla Bataller Estruch

© Arte y diseño de la cubierta de Joey Hi-Fi

© Edición de Crononauta

[www.crononauta.es](http://www.crononauta.es)

[info@crononauta.es](mailto:info@crononauta.es)

ISBN: 978-84-120599-1-5

Depósito Legal: SE 1705-2019

Impreso en España / Printed in Spain

Imprenta Estugraf (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Puede dirigirse a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# BINTI

LA MASCARADA NOCTURNA

NNEDI OKORAFOR

TRADUCIDO POR CARLA BATALLER ESTRUCH





*Dedicado a aquellas personas que no deberían ver a la Mascarada Nocturna, pero que, aun así, la ven. Tened valor para responder a la Llamada a la Aventura.*



# CAPÍTULO UNO

## EXTRATERRESTRES

Empezó con una pesadilla...

*—Aún no podemos salir —me dijo mi padre, asustado. Tenía una mirada turbada y nerviosa. Se hallaba bajo tierra. Estábamos en el sótano de la Raíz, la casa familiar. Estábamos todos. Cubiertos de polvo, tosiendo por el humo. Pero solo mi padre me miraba.*

*—¿Qué le pasa a papá? ¿Qué hace con las manos? —preguntó mi hermana pequeña Peraa entre toses, con una voz cargada de miedo.*

*Mi perspectiva retrocedió y entonces vi lo que ocurría. Mi familia estaba atrapada allí. Mi padre, dos de mis tíos, una de mis tías, tres de mis hermanas, dos de mis hermanos. También vi a varios vecinos. ¿Por qué estaban allí, para empezar? Se apiñaban en el centro de la sala, agarrándose, envolviéndose en sus velos para intentar esconderse, llorando, lágrimas fluyendo por el*

otjize, rezando, tratando de pedir ayuda con los astrolabios. Manojos de pasto dentado, pilas de ñames, sacos con semillas de calabaza, dátiles secos y envases con especias se amontonaban en las esquinas. El humo se filtraba por el techo y las paredes fibrosas del sótano. El viejo dron de seguridad, que había dejado de funcionar antes de que yo naciera, seguía en un rincón cubierto por una esterilla de mimbre.

—¿Dónde está mamá? —pregunté. Y luego exigí—: ¡¿Dónde está MAMÁ?! No la veo, papá.

—Pero las paredes nos protegerán —dijo mi padre. Noté la presión de sus fuertes manos cuando me agarró. No parecían artríticas en absoluto—. La Raíz es la raíz. No nos pasará nada. Quédate donde estás. —Cuando acercó su rostro al mío, las palabras aparecieron ante mis ojos. Rojas como la sangre—. Porque te están buscando a ti.

—¿Dónde está mamá? —repetí, esta vez moviendo las manos en mi pesadilla, mientras usaba con torpeza la zinariya, la tecnología alienígena activada en mi ADN.

Pero, de repente, me vi en la oscuridad, a solas con mis palabras, que flotaban delante de mí como espíritus rojos del desierto. «¿Dónde está mamá?». Sin embargo, el sonido de cientos de medusas vibrando me llenó la

*cabeza y se extendió hasta las profundidades de mi carne. Carcajadas. De enfado. También percibí expectativa.*

*—Lo van a pagar, Binti —retumbó una voz en el idioma de las medusas. Pero no era Okwu. ¿Dónde estaba Okwu?...*

— ○○○ —

Me desperté ante el universo. En el desierto, el cielo nocturno brillaba con intensidad gracias a las estrellas. Tenía casi la misma claridad que cuando *Pez Tercero* viajaba hacia y desde la Tierra. Alcé la mirada, escuchando, viendo y con ecuaciones químicas susurrándome como humo. Había estado ramificando mientras dormía. Mala señal. No lo había hecho ni cuando estuve en *Pez Tercero* después de que las medusas mataran a todo el mundo menos a mí. Me costaba mucho adaptarme a la zinariya. No era un simple sueño sobre mi familia: era un mensaje que mi padre había enviado mediante la zinariya. Como no había podido despertarme del todo antes de recibirlo, mi mente había ramificado para protegerme de esa tensión.

Después de salir a camello del poblado unas horas antes, Mwinyi y yo nos habíamos detenido para descansar. Me había tumbado en la tienda que Mwinyi había montado, mientras él se iba a dar un paseo. Estaba muy cansada, asustada por mi familia y abrumada. Notaba que todo lo que me rodeaba estaba fuera de lugar. Intentar dormir no había sido buena idea.

—Hogar —susurré, restregándome la cara—. Tengo que... —Miré el cielo—. ¿Qué es eso?

Una de las estrellas caía hacia mí. La zinariya de nuevo.

—Detente, por favor. Ya basta.

Pero no se detuvo. No. Siguió cayendo. Tenía más cosas que contarme, tanto si estaba lista como si no. Su luz dorada se expandió mientras descendía; su avance uniforme me tenía tan hipnotizada que no ramifiqué. Cuando llegó a unos metros por encima de donde estaba yo, explotó en una lluvia de luminosidad. Cayó sobre mí como las patas doradas de una araña gigante y entonces la zinariya me hizo recordar cosas que nunca me habían ocurrido.

— oOo —

Recordé cuando...

Kande estaba lavando los platos. Se sentía agotada y tenía que estudiar más, pero sus hermanos gemelos pequeños habían querido un tentempié nocturno de maíz tostado y cacahuets y se habían dejado los dichos platos. No entendía cómo podían comer algo así de pesado tan tarde, aunque sabía que sus padres no se quejarían. Por eso, con seis años, estaban tan rollizos. Sus padres nunca se quejaban de sus hermanos. Aun así, si Kande dejaba los platos para la mañana siguiente, acudirían hormigas. Era una noche húmeda, por lo que sabía que también acudirían otros bichejos. Sintió un escalofrío: odiaba todos los tipos de escarabajo.

Terminó con los platos y se quedó mirando durante un momento el fregadero vacío. Se secó las manos y agarró su teléfono móvil. Ya eran las once. Si se concentraba, podría aprovechar una hora para estudiar bien y luego dormir cinco. En su último año de instituto, era la sexta de su clase. No sabía si bastaría para que la aceptaran en la Universidad de Ibadán, pero tenía toda la intención de averiguarlo.

Se metió el teléfono en el bolsillo de la falda y apagó la luz. Luego salió al pasillo y se paró un momento a escuchar. Sus padres veían la televisión en

su cuarto y la luz en la habitación de sus hermanos estaba apagada. Bien. Se dio la vuelta y fue de puntillas hasta la parte delantera de la casa, abrió la puerta sin hacer ruido y se escabulló fuera. Era una noche fría; distinguía el desierto abierto justo detrás de las últimas casas del pueblo.

Kande se apoyó en un lateral de la casa mientras sacaba un paquete de cigarrillos del bolsillo. Extrajo uno con una sacudida, se lo puso entre los labios y sacó una cerilla. La prendió con la uña de su dedo pulgar y luego se encendió el cigarrillo. Inhaló el humo y, al exhalarlo, sintió que todos sus problemas se alejaban flotando con él: el rostro feo del hombre con el que, según sus padres, estaba ya prometida; el dinero que necesitaba para comprarse un uniforme para el grupo de baile de su instituto; si Tanko aún la quería después de descubrir que estaba prometida con otro.

Tomó otra calada del cigarrillo y sonrió mientras se relajaba. Su padre se pondría furioso y le daría una paliza si descubría que tenía un hábito tan asqueroso. Su madre se lamentaría y diría que ningún hombre la querría si no empezaba a comportarse, que era demasiado mayor para rebelarse. Kande estaba mirando el desierto mientras pensaba en todo eso y, cuando

los vio, creyó que su cerebro intentaba distraerla de sus oscuros pensamientos.

Ya estaban a una casa de distancia antes de que ella se moviera. Sabía que ya la habían visto. Altos, como palmeras humanas, pero sin ser humanas. Hasta con la luz de la luna vio que eran de oro. Oro puro y brillante. No eran humanos. Pero tenían piernas. Brazos. Cuerpos. Largos y esbeltos como árboles. Caminaban despacio hacia ella al amparo de la noche. No había ninguna persona lo bastante tonta como para estar fuera a esas horas. Solo ella.

Kande no lo sabía, pero todo dependía de esos momentos después de que los viera. De lo que hizo. El destino de su gente estaba en sus manos. Alzó la mirada hacia los extraterrestres que se veían a sí mismos como un único ser, pero aceptaron el nombre de «zinariya» (que significaba «oro») que los humanos les dieron y...

— oOo —

Me caí de la rama. Mwinyi me estaba sacudiendo. Ráfagas de arena y polvo me golpearon la cara cuando me giré hacia él y tosí con fuerza.

—¡Binti! ¡Venga! ¡Sal de ahí!

Al principio, vi todas las cosas que me rodeaban como las sumas de ecuaciones, números dividiéndose, desplegándose, desmoronándose, rotando, todos en armonía. Mis ojos se centraron en el cuerpo alto y larguirucho de Mwinyi; su caftán y sus pantalones, azules como Okwu, se agitaban en el viento arenoso. Los granos de arena volaban fingiendo caos, pero cada uno formaba un arco cuya trayectoria coincidía con los que le rodeaban. Sacudí la cabeza para intentar volver en mí misma. Tenía la boca abierta y escupí arena.

Me crispé cuando la rabia entró volando en mí como una explosión. «¡Mi familia!», pensé desesperada. «¡Mi familia!». Antes de que pudiera gritárselo a Mwinyi... vi a Okwu flotando detrás de él. Abrí los ojos de par en par y me quedé boquiabierta de nuevo. Y entonces Okwu desapareció. Detrás de Mwinyi había unos perros pequeños, flacos y con el pelaje rojizo; corrían sin ton ni son girando la cabeza hacia un lado y hacia otro. Noté que uno me tocaba la cara con su nariz negra y fría, olfateando. Soltó un ladrido muy cerca de mi oreja. Los licaones corrían a nuestro alrededor, al menos hasta donde me alcanzaba la vista, que solo era a unos pocos metros de distancia.

Nuestra camella, Rakumi, bramaba con angustia. Ahora estaba viendo palabras, porque Mwinyi, desesperado, intentaba alcanzarme con la zinariya.

Las palabras verdes flotantes decían: «Tormenta de arena. Jauría de licaones. Relájate. Agarra la silla de Rakumi, Binti».

No suelo seguir órdenes, pero hay momentos en los que solo puedes seguirlas. Y, una vez más, me rendí. En esa ocasión era ante Mwinyi, un chico a quien había conocido solo unos días antes, oriundo de un pueblo al que me había pasado toda la vida llamando bárbaro y que ahora sabía que no lo era, el pueblo de mi padre, mi pueblo.

Me rompía y rompía y, en ese momento, seguí a Mwinyi. Él nos condujo fuera de la tormenta de arena.

— oOo —

El sol se abrió paso.

El aire despejó la arena.

Dejamos atrás la tormenta.

Suspiré, aliviada. Y entonces el peso del silencio repentino hizo que se me doblaran las piernas y me